

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore  
Editores

# BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA EN AMÉRICA LATINA

## Siglos XIX y XX



## Capítulo 7



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Centro Bibliográfico Nacional

027.08 B Bibliotecas y cultura letrada en América Latina : siglos XIX y XX / Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).

364 p. : il., facsím. ; 24 cm.

Ensayos del coloquio "Bibliotecas de las Américas: poder, capital cultural y circulación de conocimientos, 1800-2000", realizado en la Universidad Torcuato di Tella (Buenos Aires, Argentina) el 19 y 20 de agosto de 2014.

Incluye bibliografías.

Contenido: Bibliotecas y formación del Estado-Nación -- Bibliotecas y cultura letrada -- Bibliotecas, museos y prácticas científicas y culturales -- Bibliotecas, movilización política y proyectos revolucionarios.

D.L. 2018-07060

ISBN 978-612-317-364-7

1. Bibliotecas - América Latina - Historia - Siglos XIX-XX 2. Bibliotecas públicas - América Latina - Siglos XIX-XX 3. Bibliotecas privadas - América Latina - Siglos XIX-XX 4. Bibliotecas y sociedad - América Latina 5. América Latina - Vida intelectual - Siglos XIX-XX I. Aguirre, Carlos, 1958-, editor II. Salvatore, Ricardo D, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2018-127

*Bibliotecas y cultura letrada en América Latina*

*Siglos XIX y XX*

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores

© Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores, 2018

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Fotografía de carátula: Interior of the Real Gabinete Português de Leitura in Rio de Janeiro, Brazil. <https://www.flickr.com/photos/uwephilly/3301983/>

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-07060

ISBN: 978-612-317-364-7

Registro del Proyecto Editorial: 31501361800481

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## LOS INTELLECTUALES Y SUS BIBLIOTECAS EN EL PERÚ DEL SIGLO XX<sup>1</sup>

*Carlos Aguirre*

Este ensayo es un intento por explorar las relaciones entre el trabajo de los intelectuales peruanos del siglo XX, sus posiciones dentro de las esferas de prestigio y poder institucional y académico, y la formación y peripecias de sus respectivas bibliotecas privadas. La acumulación libresca es una actividad estrechamente vinculada al quehacer intelectual: suelen ser los intelectuales quienes —aparte de coleccionistas adinerados que convierten el gusto por los libros en una obsesión por acumular tesoros bibliográficos— reúnen los más importantes y a veces los más numerosos acervos bibliográficos privados. Las razones para ello son bastante obvias, comenzando por el hecho de que su propio trabajo requiere del contacto cercano y directo con libros y revistas a los que con frecuencia no podrían acceder por las limitaciones de las bibliotecas públicas o universitarias. Pero hay también otras razones, complementarias de la primera, que pueden incidir en la formación de nutridas bibliotecas privadas por parte de los intelectuales: el amor por el libro como objeto físico; los constantes intercambios con colegas; los regalos que reciben

---

<sup>1</sup> Este ensayo es un adelanto de una investigación más amplia sobre las bibliotecas de intelectuales peruanos. La lista de personas que me han ayudado con información, contactos, sugerencias y materiales bibliográficos incluye a Paul Baudry, Fernando Brugue Valcárcel, Gilda Cogorno, Jorge Coaguila, Carlos Flores Galindo, Virginia García, Osmar Gonzales, Pedro Guibovich, Fietta Jarque, Carmen McEvoy, Mariana Mould de Pease, Ramón Mujica Pinilla, Lucía Muñoz-Nájar, Rosario Pacheco, Marlene Polo, Ricardo Portocarrero, José Ragas, José Luis Rénique, Carmen Rico Coira, Luis Rodríguez Pastor, Ricardo Salvatore, Servais Thissen, Ricardo Tremolada, Gerardo Trillo, Hugo Vallenás, Dora Varona, Marcel Velázquez, Charles Walker, Silvia Westphalen y Augusto Wong Campus. A todos ellos, y a quienes involuntariamente puedo haber omitido, mi sincero agradecimiento. Quiero también mencionar que en la medida que presento aquí información sobre la situación reciente de algunas bibliotecas, cabe la posibilidad de que ella haya cambiado entre el momento de recopilar dicha información y la redacción de este ensayo.

de editoriales, autores o admiradores; el afán coleccionista y «completista» —que no pocas veces incluye una cierta inclinación por la competencia—; el deseo de «rescatar» colecciones bibliográficas o piezas valiosas que de otra manera se hubieran perdido o salido al extranjero; y, por último, también la especulación con la posibilidad de generar ingresos producto de una futura venta de la colección, es decir, la biblioteca como una inversión.

Este ensayo se acerca al mundo de las bibliotecas privadas de un grupo de intelectuales peruanos del siglo XX a partir de tres ejes temáticos: primero, la naturaleza de la colección, es decir, sus dimensiones, tanto numéricas como temáticas; segundo, la relación entre los intelectuales y los libros y el uso que se le dio a la biblioteca; y, tercero, el destino de la biblioteca luego de la muerte del dueño o producto de alguna decisión tomada en vida. Me interesa, sobre todo, establecer las vinculaciones entre la acumulación bibliográfica y el trabajo intelectual, pero también la manera como la primera ayuda a entender el rol y función de los intelectuales dentro de la sociedad. Por otro lado, busco también ofrecer algunas reflexiones de carácter general sobre las relaciones entre la acumulación privada de libros y las políticas de preservación de aquello que se conoce como patrimonio cultural.

La historia de las bibliotecas privadas está relacionada, por un lado, con una serie de situaciones que son propias del individuo y, por otro, con las estructuras y cambios que afectan a la sociedad en que este desarrolla su trabajo. Un intelectual adinerado sin duda tendrá mayores posibilidades de construir una biblioteca numerosa y bibliográficamente rica. Algunos de ellos, de hecho, fueron herederos de importantes acervos, de modo que el valor —monetario y bibliográfico— de esas colecciones resulta altamente potenciado. Intelectuales que sufrieron persecución por razones políticas perdieron buena parte de sus colecciones en tiempos de exilio o encarcelamiento. Aquellos que voluntariamente vivieron largas temporadas en el extranjero —y con frecuencia en más de una ciudad— han tenido dificultades para preservar una biblioteca unitaria y numerosa. Una vez muertos, sus herederos no siempre han hecho esfuerzos por mantener las colecciones íntegras o por asegurarse de que tuvieran un destino acorde con los deseos del propietario y la importancia de la colección. Tampoco ha existido una política estatal coherente en torno a la preservación de bibliotecas privadas. De hecho, es muy difícil que haya una, como veremos más adelante.

En este ensayo paso revista a las bibliotecas personales de veintisiete intelectuales peruanos del siglo XX (véase apéndice)<sup>2</sup>. Todos ellos nacieron en

---

<sup>2</sup> La elección de los intelectuales que incluyo en mi estudio tuvo que ver con varios factores, incluyendo la disponibilidad de información sobre sus bibliotecas. Decidí incluir solamente a

Lima o desarrollaron allí gran parte de su labor intelectual. Esto refleja el mayor acceso a información para estos casos, pero también la configuración del espacio intelectual peruano durante ese periodo, fuertemente concentrado en la capital. Sin duda hay casos de intelectuales que vivieron y trabajaron en otras ciudades y cuyas bibliotecas merecerían también analizarse. Hay allí una tarea pendiente. Por otro lado, la inmensa mayoría son hombres, lo cual también refleja una cierta tendencia al interior de las comunidades intelectuales y, más específicamente, la de los coleccionistas de libros. Incluyo los casos de María Rostworowski y Ella Dunbar Temple, pero con seguridad hay varias otras mujeres que en su momento formaron importantes colecciones bibliográficas. De los intelectuales seleccionados pocos han dejado testimonios escritos sobre sus bibliotecas —su formación, su importancia, sus avatares, su relación con ellas—, de modo que no siempre es fácil reconstruir las dimensiones más subjetivas y personales de la formación de esas colecciones.

De los veintisiete personajes considerados, catorce son historiadores: Jorge Basadre, Pedro Benvenuto Murrieta, José Antonio del Busto, Félix Denegri Luna, Ella Dunbar Temple, Alberto Flores Galindo, Guillermo Lohmann Villena, Pablo Macera, César Pacheco Vélez, Franklin Pease, Raúl Porras Barrenechea, José de la Riva-Agüero, María Rostworowski y Luis E. Valcárcel; cinco son escritores: Ciro Alegría, José María Arguedas, Julio Ramón Ribeyro, Mario Vargas Llosa y Emilio Adolfo Westphalen; y cinco son críticos literarios: Luis Jaime Cisneros, Antonio Cornejo Polar, José Durand Flórez, Estuardo Núñez y Luis Alberto Sánchez. Completan el grupo un antropólogo, Carlos Iván Degregori; un arquitecto interesado en la historia, Juan Günther; y un intelectual multifacético e inclasificable, José Carlos Mariátegui, a quien podríamos, para facilitar las cosas, colocarle el membrete de «ideólogo». Pertenecen a por lo menos cuatro generaciones de la intelectualidad peruana: la «arielista», la del «centenario», la del «cincuenta» y la del «68», y sus fechas de nacimiento van desde 1884 hasta 1949. Todos han fallecido, con excepción de Vargas Llosa y Macera.

Quizás sea oportuno presentar algunas apreciaciones generales sobre la cultura del libro en el Perú del siglo XX que nos ayuden a ubicar los temas que quiero desarrollar en este ensayo. La cultura letrada peruana del siglo XX, aunque fundamentalmente centralista y limeña, incluyó también importantes núcleos y espacios intelectuales en otras ciudades, como Cusco, Arequipa y Trujillo. Las universidades más importantes, las librerías, imprentas y editoriales más reconocidas, las publicaciones más prestigiosas —diarios, revistas culturales— y las oportunidades de trabajo más auspiciosas, sin embargo, estaban en Lima.

---

intelectuales ya fallecidos o que, estando vivos, hubieran tomado una decisión sobre el destino de sus bibliotecas, como es el caso de Mario Vargas Llosa y Pablo Macera.

El libro fue, hasta por lo menos la década de 1950, un objeto que no llegaba al gran público y se identificaba con una minoría ilustrada. Las altas tasas de analfabetismo y el escaso interés por la lectura explicaban, según Sebastián Salazar Bondy (1958), el sombrío panorama que ofrecía la industria del libro en el Perú. La llegada de maquinaria para la impresión *offset* a comienzos de la década de 1950 representó una verdadera transformación en la producción de materiales impresos; y a partir de mediados de esa década hubo varias iniciativas —como los festivales del libro o «Populibros Peruanos»— que intentaron acercar el libro a las masas (Aguirre, 2017)<sup>3</sup>. Hubo libros cuyos tirajes de 10 000 o 20 000 ejemplares permitieron, de alguna manera, democratizar el acceso al libro en las décadas de 1960 y 1970. Durante el gobierno militar de Velasco Alvarado también se intentó masificar el consumo de libros, sobre todo con la colección «Biblioteca Peruana», que publicó a partir de 1973 más de sesenta títulos con tirajes de hasta 50 000 ejemplares.

El acceso a libros extranjeros, por otro lado, fue mucho más restringido a lo largo de casi todo el siglo XX. Hubo librerías especializadas en libros en idiomas extranjeros, y algunas otras importaban libros de otros países hispanohablantes como España, Argentina o México. Para conformar una biblioteca solvente en cualquier disciplina intelectual, por tanto, hacía falta no solo dinero sino también redes y contactos transnacionales.

En cuanto a las bibliotecas, con excepción de la Biblioteca Nacional del Perú (BNP) —cuya historia está llena de tragedias grandes y pequeñas— y, hasta cierto punto, las bibliotecas de la Universidad de San Marcos y la Universidad Católica, no existían otros repositorios que pudiesen satisfacer las necesidades de intelectuales e investigadores<sup>4</sup>. Algunas bibliotecas de órdenes religiosas contenían importantes acervos bibliográficos, especialmente para el estudio del periodo colonial, pero acceder a ellas no siempre era fácil. Por todo ello, no es de extrañar que los intelectuales, especialmente aquellos que desarrollaron su trabajo en la primera mitad del siglo veinte, se vieran en la necesidad de generar sus propias colecciones. Las generaciones arielista y del centenario, por ejemplo, no solo produjeron notables intelectuales sino también grandes coleccionistas de libros como Riva Agüero, Porras y Sánchez.

A diferencia de otros países como Estados Unidos, Brasil o México, para limitarnos al hemisferio occidental, en el Perú casi no existen coleccionistas de libros que no sean también intelectuales. No conozco —aunque es posible que existan—

<sup>3</sup> Sobre la llegada de la impresión *offset* y su impacto, véase Guevara & Gechelín, 2001 (pp. 118-123).

<sup>4</sup> Sobre la historia de la BNP, especialmente en el periodo posterior a la guerra con Chile, véase el ensayo de Pedro Guibovich en este volumen. Sobre su reconstrucción luego del incendio de 1943, véase Aguirre, 2016; y sobre la biblioteca de San Marcos, Cajas Rojas, 2008.

bibliófilos equivalentes al banquero Pierpont Morgan en Nueva York o al abogado y empresario brasileño José Mindlin (Plummer, 1993; Mindlin, 2001). Por lo general, los miembros de las élites económicas peruanas no han tenido una relación muy cercana con el mundo de los libros y las colecciones bibliográficas<sup>5</sup>. La escasez de coleccionistas significa que el mercado de libros en el Perú, y en especial el mercado de libros antiguos y raros, quedaba a disposición de los intelectuales locales o de coleccionistas e instituciones extranjeros. Esto incrementa la importancia de las bibliotecas privadas de los intelectuales, que en muchos casos terminaron siendo las únicas que poseían determinadas piezas bibliográficas valiosas o incluían secciones bibliográficas especializadas que, de otra manera, hubiera sido muy difícil reunir. Cada volumen que terminaba en los estantes de estos coleccionistas privados era un libro más que no salía al extranjero, con las excepciones que veremos más adelante.

Desde la época colonial la posesión de libros ha sido percibida como un símbolo de estatus: los libros reflejaban y acentuaban la condición letrada de su dueño y, por tanto, su pertenencia a la élite política y cultural. Esta conexión entre bibliotecas privadas y estatus se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX. En décadas más recientes, lo que Jean Franco (2003) ha denominado la caída de la ciudad letrada, y que en el Perú se ha manifestado en el deterioro de las instituciones culturales y la pérdida de valor del trabajo intelectual, ha determinado también que las bibliotecas privadas empiecen a declinar, que no se formen nuevas y masivas colecciones personales y que las existentes no sean vistas por el resto de la sociedad como artefactos de alto valor simbólico y cultural. Los intelectuales de hoy, por razones prácticas pero también por un cambio en la percepción del valor y utilidad de las bibliotecas personales, prefieren reunir colecciones de dimensiones modestas y muy ceñidas a sus necesidades.

La posición económica, heredada o adquirida, de los intelectuales que hemos estudiado constituye un primer factor en la configuración de sus bibliotecas. Así, hay un grupo de intelectuales que disfrutaron de una posición económica privilegiada —como Riva Agüero y Denegri Luna— y cuyas bibliotecas están entre las más nutridas y completas. Riva Agüero, descendiente de una de las familias más adineradas del Perú y propietario de múltiples viviendas, terrenos y fundos, pudo invertir enormes cantidades de dinero en formar una biblioteca exquisita y llena de rarezas bibliográficas. Otros, que podemos considerar intelectuales mesoclasistas, carecían —sobre todo al comienzo de su actividad profesional—

---

<sup>5</sup> El libro *Paraísos del saber* (Yrivarren, 2015) reunió testimonios gráficos y breves semblanzas de cincuenta bibliotecas peruanas; de ellas, 38 son privadas y doce, institucionales. Entre las 38 bibliotecas privadas hay apenas dos o tres cuyos dueños no tienen vinculación alguna con el trabajo intelectual.

de los medios económicos familiares que les hubieran permitido acumular valiosos tesoros bibliográficos, aunque varios de ellos pudieron luego adquirir una posición económica relativamente cómoda a lo largo de sus carreras y constituyeron bibliotecas numerosas no carentes de valor bibliográfico. En este grupo podemos incluir a Porras Barrenechea, Basadre, Sánchez, Núñez, Cornejo Polar, Vargas Llosa, Pease, Durand Flórez y Macera, entre otros<sup>6</sup>. Y existe otro grupo de intelectuales que no tuvieron grandes fortunas ni llegaron a formar grandes colecciones, aunque eso no revela un desapego por los libros ni significa que sus respectivas bibliotecas no hayan tenido una importancia central en su trabajo como intelectuales. Es el caso, por ejemplo, de Mariátegui, Arguedas o Ribeyro.

¿Cuáles eran las dimensiones de estas bibliotecas? Se puede, un poco arbitrariamente, considerar un primer grupo de bibliotecas de gran tamaño (digamos, por encima de los 20 000 volúmenes), entre las que estarían las de Denegri Luna (cerca de 50 000 volúmenes), Vargas Llosa (35 000), Macera (35 000), Sánchez (20 000) y Porras Barrenechea (20 000)<sup>7</sup>. Algo más modestas en número son las bibliotecas de Riva Agüero, Cornejo Polar, Benvenuto Murrieta, Basadre, Durand Flórez, Pease y otros, que tuvieron entre 5000 y 15 000 volúmenes. Y finalmente hay otras cuyo número no es muy alto (menos de 5000 volúmenes) y cuyas dimensiones reflejan tanto la personalidad como las peripecias vitales de sus propietarios. Fue el caso de las bibliotecas de Mariátegui, Arguedas, Alegría, Ribeyro, Flores Galindo y Westphalen. Existe, naturalmente, una correlación entre capacidad económica y tamaño de la biblioteca —se necesita mucho dinero no solo para comprar libros sino para almacenarlos, cuidarlos y en ocasiones trasladarlos—, pero también se puede establecer, como veremos más adelante, una conexión entre el tamaño de la biblioteca y sus contenidos y usos, así como la relación personal de los propietarios con sus libros. Mientras Riva Agüero, Denegri Luna o Sánchez, por citar algunos casos, tenían una relación casi fetichista y omnívota con los libros, otros como

<sup>6</sup> «Mi biblioteca, de más de veinte mil volúmenes peruanos y extranjeros [la] he formado íntegramente con mi trabajo personal desde los quince años sin haber heredado un solo libro», escribió Porras en su testamento de 1953 (Trillo, 2017, p. 204).

<sup>7</sup> Aunque se trata de acervos numerosos y ciertamente la cantidad no siempre significa calidad, resulta notorio comprobar que, en comparación con México, el número de grandes bibliotecas es mucho menor. Intelectuales y coleccionistas mexicanos como Alfonso Reyes, José Luis Martínez, Antonio Castro Leal, Alí Chumacero, Jaime García Terrés o Carlos Monsiváis, por mencionar solo algunos de los casos más conocidos, reunieron bibliotecas numerosas, algunas de las cuales sobrepasaron largamente los 50 000 títulos. La biblioteca de Alfonso Reyes se conserva en la llamada «Capilla Alfonsina. Biblioteca Universitaria», un centro cultural que funciona en la Universidad Nacional de Nuevo León. Las colecciones de los otros cinco intelectuales fueron adquiridas por el gobierno mexicano y colocadas, individualmente, en la llamada «Ciudad de los libros», inaugurada en el edificio de la Real Fábrica de Tabacos en 2012. Véase el número especial sobre «Bibliotecas de la Ciudad de los Libros», *Artes de México*, 108 (2012).

Arguedas, Ribeyro y Mariátegui, aunque valoraban inmensamente los libros, no tuvieron la misma inclinación, motivación u oportunidad de coleccionarlos y por tanto no llegaron a formar una cuantiosa biblioteca.

¿Se trata de colecciones generalistas o especializadas? ¿Fueron producto de un afán coleccionista o se les puede considerar básicamente bibliotecas de trabajo? La regla general es que estamos frente a colecciones nacidas de las necesidades del trabajo intelectual de los propietarios. Destacan los casos de coleccionistas de materiales sobre el Perú y que llegaron a formar importantes bibliotecas especializadas al interior de las cuales se puede apreciar las temáticas que eran de particular interés para sus propietarios: crónicas y otros materiales coloniales (Riva Agüero y Porras), periódicos y folletos republicanos (Denegri y Basadre), estudios y fuentes de historia peruana en general (Macera), relatos de viajeros (Núñez), novelas peruanas y latinoamericanas (Sánchez y Cornejo Polar), y literatura y lingüística (Cisneros). La biblioteca de Vargas Llosa es un caso singular: aunque no existe todavía un listado completo de sus títulos, se sabe que más que una colección sobre el Perú es una biblioteca verdaderamente global en su cobertura geográfica y lingüística y prácticamente sin fronteras en lo temático, pues incluye literatura, historia, filosofía, política, arte y muchos otros temas<sup>8</sup>. El caso opuesto sería el de Juan Günther, un arquitecto apasionado de la historia de Lima y que formó la biblioteca más completa que se conoce sobre dicha ciudad<sup>9</sup>. Un caso similar es el del crítico literario José Durand Flórez, quien se propuso «reconstruir» la biblioteca del Inca Garcilaso de la Vega, a cuyo estudio había dedicado gran parte de su trabajo académico. Aquí se conjugaron el criterio utilitario y la obsesión del coleccionista: poseer todos esos libros era una forma de acercarse a su objeto de estudio e insertarse en el mundo no solo intelectual sino incluso material del Inca Garcilaso. Aunque la biblioteca de Durand Flórez era más extensa y variada, el eje

---

<sup>8</sup> Un listado muy parcial de los libros que han sido transferidos a la Biblioteca Mario Vargas Llosa en Arequipa se encuentra aquí: [http://bibliotecaregionalmariovargasllosa.org/portal/images/Catalogo\\_Biblioteca\\_MVLL.pdf](http://bibliotecaregionalmariovargasllosa.org/portal/images/Catalogo_Biblioteca_MVLL.pdf).

<sup>9</sup> Günther no solo coleccionaba libros, sino también folletos, revistas, mapas, fotografías, grabados y toda clase de materiales impresos relacionados con la historia de Lima. Una nota periodística nos da una idea de cómo fue formando su colección: «Algunas [piezas] las fue adquiriendo en librerías de viejo en el Centro, otras en sus incursiones en callejones de Barrios Altos y algunas más en sus viajes por el Perú, como un mapa de 1864 que encontró en un gallinero en Ayacucho. Recuerda que antes de su fiebre limeña tenía una colección variada. Por ejemplo, había comprado el primer folleto publicado en Iquitos. Tiempo después decidió especializar sus búsquedas. Empezó por canjear lo que tenía. “Me hice amigo de los arzobispos de Cusco y Puno. Con ellos intercambiaba libros sobre sus ciudades y a cambio me daban material sobre Lima. Incluso hice obras gratis a cambio de libros”» (Gonzales, 2011).

de la misma, lo más valioso que contenía, era esa colección de libros cuyos títulos habían formado también parte de la biblioteca del Inca Garcilaso (Hampe, 1997).

¿Cuál fue el uso que se les dio a las bibliotecas privadas? Como es de esperarse, la abrumadora mayoría de ellas estaban al servicio casi exclusivo del propietario. Los bibliófilos suelen ser bastante egoístas: muestran, pero no comparten sus tesoros. El carácter privado de la colección, además, suele tener relación con el hecho de que los libros son anotados por sus dueños, lo cual genera una cierta renuencia a compartir con otras personas reflexiones y críticas que podrían causar incomodidades o malas interpretaciones. Sin embargo, hay excepciones. Luis Jaime Cisneros, por ejemplo, es recordado por sus estudiantes como un profesor y amigo generoso que no solo los recibía en su biblioteca sino también les prestaba libros. Franklin Pease hacía lo mismo y anotaba cada libro que salía de su estudio. Emilio Adolfo Westphalen, me contó su hija Silvia, solía prestar libros a sus amigos. Más allá de estos gestos de generosidad, las bibliotecas eran mantenidas como dominios casi exclusivos de sus propietarios, quienes a veces desarrollaban actitudes obsesivas respecto al orden y mantenimiento de ellas. El hijo de Luis Jaime Cisneros recordó que la única vez que su padre lo castigó físicamente fue cuando, siendo niño, cambió de lugar un libro de Góngora (Cisneros Hamann, 2016). La excepción más notable, quizás la única, como veremos más adelante, fue el caso de Félix Denegri Luna, quien abrió su biblioteca a los investigadores con una generosidad poco común.

Finalmente, ¿cuál fue el destino que tuvieron estas bibliotecas? ¿Se cumple en el caso peruano la afirmación de Jacques Bonnet de que «las bibliotecas privadas desaparecen la mayor parte de las veces cuando su “organizador” muere», sobre todo porque «los herederos no saben qué hacer con tal volumen de obras que les estorban y no les interesan»? (Bonnet, 2010, p. 126). De hecho, este parece ser el caso de las bibliotecas de algunos de los intelectuales peruanos considerados en este ensayo, pero no de todas. Un número importante de ellas terminaron incorporándose a las colecciones de universidades, institutos privados, la Biblioteca Nacional del Perú (BNP) y otras instituciones. La de Riva-Agüero, por ejemplo, fue la base para formar la biblioteca del instituto que lleva su nombre y que pertenece a la Pontificia Universidad Católica del Perú (de la Puente, 2011); la de Denegri Luna fue adquirida por la Universidad Católica y, aunque se mantiene como biblioteca independiente, forma parte del acervo del Instituto Riva-Agüero; las de Guillermo Lohmann Villena y Estuardo Núñez se han incorporado a la biblioteca del mismo instituto; la biblioteca de Porras Barrenechea fue donada a la BNP y se conserva allí como colección separada<sup>10</sup>; la de Cornejo Polar constituye la base de la

<sup>10</sup> En su testamento, Porras Barrenechea dejó explícita su voluntad: «Deseo que mi Biblioteca pase íntegramente a la Biblioteca Nacional de Lima, para formar en ella la Sala “Raúl Porras Barrenechea”,

biblioteca del Centro de Estudios Literarios que lleva su nombre; la de Benvenuto Murrieta fue donada a la Universidad del Pacífico y se mantiene como colección independiente; la de Ella Dunbar Temple, junto con la de su esposo, el historiador italiano Carlo Radicati di Primeglio, fue donada a la Universidad de San Marcos y está alojada en la Fundación Biblioteca Museo Temple Radicati; la de Jorge Basadre fue adquirida por el Gobierno Regional de Tacna para ponerla a disposición del público en la ciudad natal del historiador<sup>11</sup>; algunos libros de la biblioteca de Luis E. Valcárcel fueron donados a la BNP —los más valiosos—, al Museo de Arte de Lima y al Centro de Estudios Histórico-Militares, un lote de varios cientos fue entregado a la Facultad de Letras de San Marcos<sup>12</sup>, y la mayor parte, unos 8000 títulos, fueron transferidos al Museo de la Nación<sup>13</sup>; la biblioteca de José Antonio del Busto fue donada a la Universidad de Piura; la de Pablo Macera fue donada a la

---

con todos mis libros indivisiblemente, como el fondo Angrand de la Biblioteca de París, y que aparezca en catálogo especial en el Boletín de ella» (Trillo, 2017, p. 204).

<sup>11</sup> Esta biblioteca, sin embargo, ha sufrido una serie de percances —como robos, filtraciones de agua y desalojo del local— luego de la venta al Gobierno Regional de Tacna en 2005 por 250 000 dólares, según reportes periodísticos. Entre 2011 y 2014, los libros permanecieron en cajas, lejos del alcance de los lectores. En febrero de 2014, la biblioteca fue reabierto al público pero luego fue nuevamente cerrada. Todavía hoy, más de diez años después del traspaso, la biblioteca carece de un inventario completo.

<sup>12</sup> «Nuevo donativo de libros hace el Dr. Luis E. Valcárcel», *El Comercio*, 23 de julio de 1968. Fernando Brugue Valcárcel compartió conmigo este y otros materiales citados más abajo sobre la biblioteca de su abuelo. En sus *Memorias*, Valcárcel ofrece algunos recuerdos sobre la formación de su biblioteca: «Tuve la ocasión de conseguir valiosos libros antiguos en el Cusco, gracias a las compras que realicé a un vendedor muy particular de nombre Hermosillo. Se trataba de un tontiloco cusqueño que obtenía, quién sabe de dónde, ediciones únicas de obras importantes, como la primera de los *Comentarios Reales* de Garcilaso de la Vega, fechada en 1609, uno de los pocos ejemplares que existe en el mundo y que recientemente doné a la Biblioteca Nacional. Cuando tenía interés en un libro no se lo adquiría directamente, sino que le compraba tres o cuatro más con el fin de disimular mi afición por el primero, ya que él entendía bien de negocios y al darse cuenta de mi interés subía los precios. En conjunto, los libros resultaban baratos y se trataba de obras originales» (Valcárcel, 1981, p. 183).

<sup>13</sup> Fernando Brugue Valcárcel me dio la cifra de 8000 títulos. El inventario que me mostraron en el Museo incluía 4442. Carlos Calderón, funcionario a cargo de la biblioteca del Museo en 2014, me dijo que eran 15 000 libros. Valcárcel, según Fernando Brugue, había querido donarlos al Museo de la Cultura Peruana, pero optó por el Museo de la Nación debido a la ubicación del primero en una zona considerada poco conveniente. Cuando visité el Museo de la Nación en setiembre de 2014 constaté que la colección completa estaba fuera de servicio por problemas de espacio, según me informaron. Sobre la donación de 58 títulos a la BNP, véase «Valiosas obras dona Dr. Luis E. Valcárcel a Biblioteca Nacional», *El Comercio*, 16 de julio de 1968, p. 19. La familia del historiador conservó algunos ejemplares valiosos, incluyendo libros con dedicatorias de Ricardo Palma, Mariátegui y Arguedas.

BNP en 2015<sup>14</sup>; y la de Vargas Llosa ha sido donada por el escritor a la ciudad de Arequipa para integrarse, como colección independiente, a la Biblioteca Regional Mario Vargas Llosa, inaugurada en 2011 por el Gobierno Regional de Arequipa.

Otras bibliotecas, desafortunadamente, han tenido una vida más accidentada y han terminado completamente desintegradas<sup>15</sup>. La biblioteca del historiador Pacheco Vélez, por ejemplo, fue vendida en el mercado de libros viejos por la familia. Su hija Rosario recuerda las circunstancias que rodearon esa decisión: «No hubo interés por las universidades en Perú en recibirla, pasaron los años, vendimos la casa de mis padres (mi hermana y yo vivimos hace muchos años fuera del Perú) y tuvimos que venderla a librerías viejas. Me apena y avergüenza contarlo, pero no tenía cómo hacerme cargo de ella en su totalidad [y] mi hermana tampoco»<sup>16</sup>. Parte de la biblioteca de José María Arguedas pasó a la BNP y el resto quedó en manos de su primera esposa, Celia Bustamante. No resulta claro qué pasó con esa colección al morir Celia en 1973. Según Sybila Arredondo, segunda esposa de Arguedas, «la mayor parte de su biblioteca personal se la quedó la Sra. Celia Bustamante. Quizá conozcan de eso la Sra. Cecilia Bustamante [sobrina de Celia, CA] o Julio Ortega, su exesposo» (Pinilla, 2005, p. 50). Un pequeño lote de cuarenta títulos fue donado a la BNP. El escritor Ciro Alegría no pudo formar una biblioteca estable sino hasta la década de 1960, según me relató su viuda Dora Varona. En Chile, donde vivió exiliado varios años en la década de 1930, leía libros prestados por sus amigos. Luego vivió en Nueva York y, a fines de la década de 1940, se instaló en Puerto Rico. Allí pudo acumular libros, pero al separarse de su segunda esposa, Ligia Marchand, los perdió todos. Según Varona, Marchand repartió los libros entre las alumnas de Alegría. Luego vivió en Cuba, donde conoció a Varona, y allí reunió una pequeña biblioteca que tuvo que abandonar al volver definitivamente al Perú en 1960. Al morir, en 1967, tenía dos habitaciones llenas de libros que sus hijos se repartieron, aunque también se vendió una parte por necesidad económica. Un pequeño lote formado por diversas ediciones de los libros de Alegría se donó a la BNP, de donde, según Varona, luego desaparecieron<sup>17</sup>. La biblioteca de Juan

<sup>14</sup> Véase «Historiador Pablo Macera donó su biblioteca a la BNP», Noticias, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 4 de mayo de 2015 (<http://www.unmsm.edu.pe/noticias/ver/historiador-pablo-macera-dono-biblioteca-a-la-bnp>).

<sup>15</sup> No es este, lamentablemente, un fenómeno estrictamente peruano, pues se ha producido en varios países de la región. En el caso de Argentina, como recuerda Horacio Tarcus, «bibliotecas extraordinarias, que reunían libros antiguos de enorme valor, colecciones de revistas muy escasas, grabados, litografías, mapas, documentos y manuscritos [...] se pulverizaron en subastas públicas» (2005, p. 24).

<sup>16</sup> Comunicación personal, 5 de febrero de 2017.

<sup>17</sup> Conversación telefónica con Dora Varona, 29 de setiembre de 2014. En su libro de memorias sobre Ciro Alegría, Varona dice que donó a la BNP, durante la gestión de Juan Mejía Baca,

Günther, sin duda la mejor colección jamás reunida sobre la historia de Lima, fue vendida por la familia en 2017, unos cinco años después de su muerte, a librerías de viejo y estos a coleccionistas y compradores privados. Según información no confirmada, la familia intentó venderla en 250 000 dólares —una cifra más que razonable, a mi juicio, dada la calidad y cantidad de la colección, que incluía además fotografías, planos y otros materiales—, pero no hubo interés por parte de las instituciones peruanas a las que se ofreció.

Alberto («Tito») Flores Galindo, recordado historiador tempranamente fallecido a la edad de cuarenta años, fue un lector voraz, dueño de una inagotable curiosidad intelectual. Reunió una importante biblioteca de materiales relacionados con su trabajo como historiador —marxismo, movimientos campesinos y vida rural, rebeliones y revoluciones, entre otros temas—, pero que también incluía libros de poesía y narrativa. Vivió dos años en París, entre 1973 y 1975, y desde allí encargaba libros a Lima, preguntaba reiteradamente por las novedades bibliográficas peruanas, se mantenía al día en las publicaciones europeas y canjeaba libros con su amigo y colega Manuel Burga<sup>18</sup>. En una carta a Burga diría: «quiero explotar al máximo mi estadía en Europa: conocer la mayor cantidad de libros» (Burga, 2010, p. 52). Efectivamente, luego de un viaje a Italia a fines de 1973 y comienzos de 1974, escribió que «lo más importante que hice fue comprar libros» (Burga, 2010, p. 49). Flores Galindo no fue un coleccionista de rarezas o un bibliófilo consumado como lo fueron otros intelectuales; su biblioteca era básicamente una herramienta de trabajo. Luego de su muerte la colección fue preservada por su familia durante más de veinticinco años. Una combinación de factores —la falta de espacio, entre ellos— llevaron a la familia a desprenderse de aquellos libros que no necesitaban o que no tenían ningún valor especial y que, como me dijo su hijo Carlos, estaban acumulando polvo en los estantes de la casa familiar<sup>19</sup>. Cada miembro de la familia escogió lo que quería conservar: los libros de literatura y antropología, por ejemplo, quedaron en manos de Cecilia Rivera, viuda de Flores Galindo y antropóloga, mientras que los de psicoanálisis y temas conexos fueron preservados por Carlos y Miguel, sus hijos. Además, conservaron las publicaciones

---

«manuscritos, documentos, archivos, ediciones y reediciones en castellano y traducciones de Ciro Alegría» (Varona, 2008, p. 315).

<sup>18</sup> «Si [...] todavía no has realizado el envío de libros pedidos, te pediría que añadieras el trabajo de Pease, *Los últimos Incas del Cuzco*, que lo necesito para un “exposé” (debe estar en mi casa, llama a mi mamá para que lo busque con anticipación: es un libro mediano, de color blanco, con una ilustración en la carátula: supongo que lo has visto ya); la descripción del Cuzco hecha por el padre Blanco, que en los apuros de una salida lo acabé dejando (es un libro de color plomo, que debe haber estado en mi cuarto)» (Burga, 2010, p. 59).

<sup>19</sup> Comunicación personal de Carlos Flores Galindo, 5 de enero de 2018.

del propio Flores Galindo, algunos manuscritos y uno que otro libro con valor especial, incluyendo una edición de *El capital* con anotaciones y subrayados. A algunos amigos y colaboradores cercanos de Flores Galindo se les permitió escoger algunos libros. El resto fue ofrecido a las bibliotecas de dos universidades privadas, pero estas no mostraron interés. La única opción que quedaba era vender esas cajas de libros, no por dinero sino, como me dijo Carlos Flores Galindo, para que los libros de su padre adquirieran una nueva vida en lugar de estar expuestos al polvo y la polilla sin que nadie los use. En abril o mayo de 2017, un comerciante de libros viejos compró el lote completo y los libros terminaron efectivamente vendidos en los mercados informales de Quilca y Amazonas y en algunas ferias de libros usados.

Finalmente están los casos de Luis Alberto Sánchez, José Durand Flórez y Emilio Adolfo Westphalen, los únicos en este grupo cuyas bibliotecas fueron vendidas fuera del Perú —a la universidad del estado de Pennsylvania, la universidad de Notre Dame y el Centro Getty, respectivamente—. Más adelante ofreceré detalles adicionales de la biblioteca de Luis Alberto Sánchez. En el caso de Durand Flórez, su biblioteca ya se encontraba en Estados Unidos, pues al momento de su deceso era profesor en la Universidad de California, Berkeley. Según Teodoro Hampe, el hijo de Durand Flórez decidió venderla en Estados Unidos para poder mantenerla completa y para evitar «vicisitudes tal vez desagradables en caso de que los materiales fueran cedidos al Perú» (Hampe, 1997, p. 550)<sup>20</sup>. ¿A qué vicisitudes se refería el hijo de Durand? ¿A la posibilidad de pérdidas o mala conservación? ¿O a la posibilidad de problemas familiares y legales? No lo sabemos. El caso de Emilio Adolfo Westphalen es algo diferente. Westphalen fue un amante de los libros y también un gran editor de revistas culturales como *Las moradas* y *Amaru*, pero no logró reunir una biblioteca demasiado extensa, en parte debido a sus varias mudanzas, pues vivió en Nueva York, México, Roma, Lisboa y, por supuesto, Lima. Parte de su biblioteca fue vendida al Centro Getty, en Los Ángeles, junto con su archivo de correspondencia, manuscritos y otros materiales, que incluían también valiosos documentos del poeta surrealista César Moro. Al Getty le interesaba mucho más el archivo que la biblioteca, pero Jan van der Donk, un conocido marchante de arte y libros que se encargó de gestionar la compra-venta, escogió unos doscientos títulos de la biblioteca, incluyendo primeras ediciones y libros autografiados de César Moro, Martín Adán, José María Arguedas, Octavio Paz, José Lezama Lima, Pablo Neruda y otros. Así, aunque no muy grande, la parte más valiosa de la biblioteca de Westphalen terminó en Los Ángeles. La familia del poeta conserva todavía unos mil volúmenes de poesía, arte, arquitectura y otros temas.

---

<sup>20</sup> Se puede encontrar una descripción de la biblioteca de Durand Flórez en este enlace: [http://rarebooks.library.nd.edu/collections/latin\\_american/south\\_american/durand.shtml](http://rarebooks.library.nd.edu/collections/latin_american/south_american/durand.shtml).

La gran mayoría de colecciones importantes de libros pertenecientes a intelectuales peruanos, por tanto, se ha quedado en el país. ¿Cómo se explica esta situación? Hay varios factores que se pueden considerar. Primero, el saqueo de materiales bibliográficos antiguos y valiosos ya había ocurrido mucho antes, de modo que, a lo largo de las últimas décadas, ha existido menos interés por parte de bibliotecas extranjeras por adquirir colecciones completas<sup>21</sup>. Segundo, surgieron a lo largo del siglo XX varios libreros —Enrique Iturriaga, Juan Salazar, David Colmenares y otros— que surtían a bibliotecas y coleccionistas extranjeros con materiales muy específicos, una solución que resultaba más atractiva para los compradores pues así evitaban hacerse de colecciones que incluían materiales repetidos. Tercero, instituciones extranjeras —norteamericanas y, a partir de la década de 1980, japonesas— enviaban agentes a recorrer librerías de viejo y comprar, a precios mucho más accesibles, aquellos libros antiguos o raros que necesitaban en sus anaqueles. Así, más que por alguna política estatal —por otro lado, inexistente— el hecho de que no hayan salido más bibliotecas al extranjero responde a factores muy específicos que tienen que ver con la demanda más que con la oferta. Sin embargo, hay que subrayar también que algunas de estas bibliotecas, de hecho las más valiosas, que quizás hubieran podido ser colocadas en alguna institución extranjera, se quedaron en el Perú por deseo explícito de sus dueños. Es el caso de Riva Agüero, Porras, Basadre, Denegri Luna, Macera y Vargas Llosa, entre otros. Hay aquí una manifestación de nacionalismo cultural —no encuentro otra manera de designarlo— que mueve a los intelectuales a preferir que sus bibliotecas se queden en su país de origen y sirvan a la comunidad a la que pertenecen.

En las páginas que siguen ofreceré información detallada sobre algunas de las bibliotecas mencionadas para luego concluir con algunas observaciones de carácter general.

## LA BIBLIOTECA DEL AMAUTA

José Carlos Mariátegui (1894-1930), como es ampliamente conocido, fue un intelectual autodidacta. Inició su aprendizaje intelectual de la mano del periodismo y, guiado por su inagotable curiosidad, se convirtió en un lector voraz y ecléctico. Luego de su paso por Europa regresó a Lima en 1923 e inició una incansable labor intelectual y política que incluyó la redacción de ensayos y libros, la dirección de importantes revistas como *Amauta* y *Labor*, un intenso intercambio epistolar

---

<sup>21</sup> Algo parecido ocurrió en México. Las colecciones bibliográficas vendidas al extranjero fueron muy numerosas en el siglo XIX, pero en el siglo XX esa tendencia se redujo considerablemente (Meneses Tello, 1993).

con intelectuales de todo el mundo, su colaboración con el proyecto aprista que lideraba Haya de la Torre hasta la ruptura de 1928, y la fundación del Partido Socialista Peruano. Se enfrascó en intensos debates de tipo doctrinario y político —especialmente con Haya de la Torre y la Comintern—, sufrió hostilidad por parte del gobierno de Leguía —que lo tuvo cuatro veces bajo arresto domiciliario y hospitalario— y, finalmente, enfrentó serios problemas de salud que produjeron su temprana muerte en 1930, a la edad de 36 años (Flores Galindo, 1994).

Mariátegui formó una biblioteca de trabajo —no muy abundante pero sí muy selecta— en varios idiomas. Trajo de Europa numerosos libros, encargó muchos a sus amigos y corresponsales en distintas partes del mundo, sobre todo en América Latina, y muchos otros le fueron obsequiados por sus autores. Su correspondencia revela la manera como utilizaba el canje bibliográfico con intelectuales, tanto del Perú como de otros países, para poder conseguir materiales que le interesaban. Encargaba muchos libros a Francia e Italia y, en 1926, le dijo a Ángela Ramos que recibía «libros, revistas, periódicos de muchas partes, aunque no tantos como yo quisiera» (Vanden, 1975, pp. 16-17). Su casa del jirón Washington albergaba una habitación donde, además de su escritorio, tenía los libros «repartidos en una estantería ordenada; sobre la mesa central figuraban las novedades, los textos que llegaban de Buenos Aires, México o París, las revistas a las que estaba suscrito Mariátegui» (Flores Galindo, 1994, p. 448). Esa misma habitación era utilizada como espacio para las tertulias diarias que Mariátegui reunía entre 6 y 8 de la noche. Su hijo Javier Mariátegui dejó la siguiente descripción:

La casa se compone de un hall de entrada, un escritorio a la izquierda y una amplia sala frente a la puerta de entrada. Ahí estaba la biblioteca, conformada por una gran variedad de libros, revistas y periódicos, coleccionados sin orden en sencillos estantes; la biblioteca fascinaba a dos bibliófilos consagrados como Jorge Basadre y Honorio Delgado. Basadre recordaba que «en su biblioteca se podía encontrar libros y periódicos sobre temas literarios, políticos y sociales que en ninguna otra parte de Lima había»; Delgado estaba sorprendido por lo bien informado que estaba José Carlos sobre los movimientos de vanguardia europea, las ciencias sociales y la psicología profunda, en especial el psicoanálisis freudiano (Miró, 1994, p. 6).

Cuando ocurrió la intervención policial en su casa en 1929, a Mariátegui le costó «enorme trabajo impedir que se llevaran una gran parte de [la] biblioteca. Se apoderaron, sin embargo, de una colección italiana de obras socialistas y de otros libros, folletos y revistas» (Miró, 1994, p. 57).

Luego de la muerte de Mariátegui, su viuda tuvo que afrontar el reto de sostener, con escasos recursos, a sus cuatro hijos. Con el fin de ayudarla, el historiador Jorge

Basadre organizó una colecta para comprarle parte de la biblioteca de Mariátegui y donarla a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Veinte profesores donaron diez libras cada uno para pagar por esa colección (Portocarrero Grados, 2013). Durante algún tiempo la colección de Mariátegui se mantuvo unificada, pero luego se vio mermada como consecuencia, primero, de la incineración de una parte de ella en 1932 (Thissen, 2017, pp. 604-605) y segundo, de la dispersión entre diferentes facultades y bibliotecas, lo cual, de paso, facilitó también las pérdidas y robos. Hoy no se sabe con precisión cuántos libros que pertenecieron a Mariátegui existen todavía en las bibliotecas de San Marcos.

En la década de 1950 Guillermo Rouillón logró identificar 424 libros pertenecientes a Mariátegui y muchos de ellos fueron encuadernados (Thissen, 2017, p. 605). A comienzos de la década de 1970 el estudioso Harry Vanden reconstruyó, hasta donde fue posible, la colección de libros de Mariátegui. Vanden halló una lista de más de doscientos libros que habían sido vendidos a la biblioteca de la Universidad de San Marcos y que ya habían sido catalogados. Otra lista con alrededor de cien títulos contenía los libros que «la referida Biblioteca no había aún recibido». Con estos materiales, elaboró una lista de 344 títulos (Vanden, 1975, pp. 13-15 y 103-144). Además, tuvo acceso a los libros que la familia de Mariátegui había preservado. Años después, la familia entregó en custodia a la Casa-Museo Mariátegui 39 libros que habían pertenecido al escritor<sup>22</sup>. Por tanto, se conocen 383 títulos de libros que pertenecieron al Amauta. La inmensa mayoría eran libros extranjeros, fundamentalmente en francés e italiano. Los autores más representados son Lenin (once títulos), Sigmund Freud (9), Henri Barbusse (8), Tolstoi (6) y Marx, Trotsky y Karl Kautsky con cinco títulos cada uno. Llama la atención la escasa presencia de autores peruanos: apenas veintitrés títulos, sin contar las obras del propio Mariátegui. Entre los autores incluidos en las listas están César Vallejo, Uriel García, Manuel González Prada, Mercedes Cabello de Carbonera y Luis Valcárcel, pero se echa de menos muchos otros títulos que Mariátegui casi con certeza tuvo en su biblioteca. Aunque Vanden sugiere que la lista que elaboró es «bastante completa y muy representativa», no hay duda de que faltan muchos autores peruanos.

Cabe resaltar la estrecha cercanía entre los autores incluidos en la biblioteca de Mariátegui y los temas que trató en sus ensayos. Más que un coleccionista, Mariátegui fue un intelectual que veía en los libros fuentes de conocimiento y de disfrute estético y, sobre todo, herramientas de trabajo para elaborar sus propias formulaciones intelectuales. Como dice Vanden, «el contenido de su biblioteca

---

<sup>22</sup> Comunicación personal de Ricardo Portocarrero Grados, exdirector de Casa Mariátegui.

particular parece haber comprendido, significativamente, su fuente bibliográfica esencial durante el periodo más productivo de su vida» (Vanden, 1975, p. 15).

## UNA VIDA ENTRE LIBROS

Contemporáneo de Mariátegui fue Luis Alberto Sánchez (1900-1994), prolífico crítico literario, líder destacado del Partido Aprista Peruano, varias veces senador de la república, tres veces rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y vicepresidente de la Asamblea Constituyente en 1978. Sánchez no solo escribió textos de crítica literaria sino también incursionó en el periodismo, la historia peruana y latinoamericana, la filosofía, la biografía, la ficción, el ensayo histórico-social, la traducción y las memorias. Su relación con los libros fue cercana y hasta se podría decir visceral. Lector compulsivo, fue también un gran coleccionista, pese a que su vida pasó por periodos bastante convulsos por razón de su militancia política, incluyendo largos años de exilio<sup>23</sup>. Llegó a reunir una biblioteca de unos 20 000 volúmenes, «en muchos años de compras, andanzas, canjes y donativos», de los cuales, afirmó, había leído tres cuartas partes, algunos de ellos más de una vez (Sánchez, 1988, pp. 46-47).

Hacia fines de la década de 1960, Sánchez decidió vender una parte de su biblioteca, según él, por necesidad económica, «cuando se me cerraron las puertas del trabajo y la actividad bajo fuerte dictadura» (Sánchez, 1988, p. 91). A raíz del golpe militar del 3 de octubre de 1968 Sánchez había perdido su escaño en el senado y luego tuvo que renunciar a San Marcos, con lo que perdió sus principales fuentes de ingreso. Pensó donar su biblioteca a San Marcos, pero cambió de idea «al comprobar el trato mezquino, por decir lo menos, que se diera a las bibliotecas de José Antonio Encinas, Julio C. Tello, Manuel A. Olaechea, Víctor Maúrtua, todos ellos ilustres intelectuales y profesores de la universidad». Estas colecciones se fraccionaron e incluso hubo títulos que fueron canjeados, anotó Sánchez. Además, por cuestiones políticas, su «vínculo sentimental» con San Marcos se había roto (Sánchez, 1987, p. 182). Intentó vender su biblioteca en el Perú, pero ninguna de las tres negociaciones que inició llegó a buen término, al parecer debido a la preocupación que el gobierno nacionalista de Velasco generó entre ciertos sectores empresariales.

Fue entonces que aceptó la oferta de Penn State University. La colección que vendió incluía libros publicados entre 1890 y 1960. El valor intrínseco de cada volumen no era muy alto, como se reconoce en la página web de la biblioteca de dicha universidad, pero en conjunto la colección reflejaba bastante bien el panorama literario y cultural latinoamericano de la primera mitad del siglo XX y los gustos e

<sup>23</sup> Sobre su precoz afición por la lectura y la escritura, véase Sánchez, 1988 (pp. 19-20, 38).

inclinaciones de uno de los críticos literarios más importantes de su generación<sup>24</sup>. Sánchez conservó un número no determinado de volúmenes, incluyendo libros anteriores a 1890 y títulos que tenían algún valor especial. Por ejemplo, cuenta que el golpe militar lo sorprendió releendo *Don Quijote*. Aunque decidió no volver a tocar esa edición de *Don Quijote* «por temor de que traiga mala suerte», prefirió no incluirlo en la venta a Penn State: «Descansa en paz en lo alto de uno de mis anaqueles» (Sánchez, 1988, p. 99).

Desprenderse de sus libros, confesó Sánchez, fue un episodio traumático. Quizás resulte ilustrativo citar *in extenso* la manera en que recuerda, con algo de dramatismo, ese momento aparentemente tan doloroso:

De pronto me parecía ver mi colección de novelas americanas, amorosamente reunidas en el transcurso de treinta años. Eran unas quinientas. Al separarme de ellas sentí como si me hubieran amputado un miembro sin anestesia. Me dolía la médula, me dolían hasta los testículos.

El día que contemplé vacíos los anaqueles de acero del departamento que tenía alquilado especialmente para la biblioteca, me sentí de nuevo huérfano. Era un acto irreversible. Se habían marchado mis mejores amigos, mis mejores maestros, mis más caros recuerdos, mis amores más fieles y sufridos [...]. Este éxodo masivo y selectísimo me produjo un trauma incurable. Acentuó mi sensación de soledad. Me hizo comprender que el camino final está hecho de paulatinas o súbitas desapariciones, y que uno llegará a la tumba tan desnudo como vino al mundo (Sánchez, 1987, pp. 184-185).

La biblioteca de Sánchez siguió creciendo luego de la venta que hizo a Penn State University. Incluso compró copias nuevas de títulos que había vendido: «yo quería que no faltasen en ella algunos, por lo menos algunos, de mis amigos... Aquí están ahora: Azorín, Rubén, Unamuno, Eça de Queiroz, Anatole France, Cervantes y Valle Inclán: los acaricio con los dedos en un acto de fruición inenarrable» (Sánchez, 1988, p. 91). Solo de Valle Inclán había encargado a Madrid nada menos que dieciocho títulos.

---

<sup>24</sup> «Luis Alberto Sánchez Latin American Literature Collection», *Penn State Special Collections*, 3 de marzo de 2011 (<http://dontcallusdusty.blogspot.com/2011/03/luis-alberto-sanchez-latin-american.html>). En sus memorias, Sánchez hace mención de la presencia de libros dedicados entre los que vendió a Penn State University. Agrega, además, que se fue «la mayor parte de mi biblioteca, la más ligada a mí, la que podría calificar de entrañable». Se desprendió de libros de Baudelaire, Neruda, Huidobro, Malraux, Chocano y muchos otros autores que él contaba entre sus favoritos. Además, «había reunido primeras ediciones ya inencontrables. Las acariciaba como se acaricia a una mujer amada [...] no será igual leer los mismos libros en otras ediciones, con distintos perfumes» (Sánchez, 1987, pp. 183-184).

Según Hugo García Salvatecci, uno de sus colaboradores más cercanos, Sánchez hizo una segunda venta a una universidad norteamericana, pero mis intentos por conseguir información sobre ella —dimensiones, fecha, destino— han sido infructuosos. Tampoco en esta segunda operación se desprendió de toda su biblioteca, sin embargo. Luego de su muerte, según testimonios que he recogido entre sus colaboradores, la biblioteca de Sánchez se dividió en dos. Una parte —aproximadamente 3000 volúmenes— habría quedado en manos de García Salvatecci, quien en 2012 la ofreció en venta a universidades peruanas y norteamericanas como parte de un lote que incluía también materiales del propio García Salvatecci. En la descripción se decía que los libros de Sánchez incluían «los libros dedicados a él, que tienen realmente un valor histórico»<sup>25</sup>. No he podido confirmar si se concretó esa venta. Otra parte de la biblioteca de Sánchez quedó en manos de Marlene Polo Miranda, su colaboradora durante muchos años. Esta colección no es muy numerosa y está formada, sobre todo, por lo que ella describió como libros de trabajo, incluyendo muchas ediciones de los libros de Sánchez con anotaciones y correcciones<sup>26</sup>. Finalmente, una pequeña cantidad de libros de la biblioteca de Sánchez fue donada a la BNP.

La relación de Sánchez con los libros —como escritor, lector, traductor, editor y coleccionista— es de las más intensas que existieron en el Perú del siglo XX. La decisión de desprenderse de una parte de su biblioteca tiene que haber sido dolorosa, como él mismo lo confesó, no solo por el hecho de despedirse de libros que había leído y atesorado con cariño, sino también porque no pudo cumplir el deseo de donarlos a la Universidad de San Marcos. La fragmentación de la biblioteca de Sánchez refleja la manera en que se cruzan situaciones personales de índole política y económica con problemas más estructurales, como el mencionado maltrato que la biblioteca de San Marcos habría infligido a otros intelectuales que donaron sus bibliotecas a dicha institución. La biblioteca de uno de los intelectuales y hombres públicos más importantes del siglo XX peruano no pudo conservarse íntegramente en el Perú.

## UN ESPACIO PARA LA INVESTIGACIÓN Y LA TERTULIA

Félix Denegri Luna (1919-1988) fue un abogado e historiador que logró reunir la que probablemente fue la mejor biblioteca privada en la historia del Perú, tanto en términos cuantitativos como cualitativos. Compró su primer libro a los 15 años,

<sup>25</sup> Documento inédito producido por Hugo García Salvatecci. Me lo hizo llegar un colega que prefiere permanecer en el anonimato.

<sup>26</sup> Comunicación personal de Marlene Polo Miranda, 12 de setiembre de 2014.

en 1934: una edición en español de la *Historia universal* de Juan Bautista Weiss en veinticuatro tomos (Gutiérrez Muñoz, 2000, p. 64), y no dejó de comprar libros hasta el final de sus días. Denegri era visitado en su casa por libreros que le llevaban materiales que le podrían interesar y hacía viajes a provincias y a otros países con la sola misión de adquirir libros y publicaciones periódicas para su biblioteca. Tuvo que construir un espacio separado en su casa, en el distrito de San Isidro, para cobijar su enorme biblioteca. Y a partir de cierto momento contrató a bibliotecarios —entre ellos a don Alejandro Lostanau, una verdadera leyenda de la bibliotecología peruana— para que le ayudasen a catalogar y mantener su colección. La biblioteca llegó a contener aproximadamente 50 000 volúmenes (Sanz, 2000, p. 82).

Denegri Luna concibió su colección como una herramienta para estudiar el Perú de los siglos XIX y XX, el periodo al que iba a dedicar sus numerosos estudios de historia diplomática, política y militar. Pero también llegó a la conclusión de que había que expandir la mirada hacia el área andina: «Casi todo el material de libros, folletos, revistas, periódicos y documentos son mayoritariamente peruanos o sobre el Perú, teniendo también colecciones bolivianas, colombianas, chilenas y ecuatorianas, ya que sería incomprensible nuestra historia olvidando la de los países limítrofes» (Gutiérrez Muñoz, 2000, p. 64). Fue uno de los pocos historiadores de su generación que ensanchó el horizonte de sus intereses para incluir países como Chile, Bolivia y Ecuador. Logró reunir folletos y periódicos inhallables incluso en la BNP. Su colección incluía 1139 periódicos de Lima, de otras partes del Perú y de países vecinos<sup>27</sup>.

A diferencia de la mayoría de intelectuales mencionados en este ensayo, Denegri Luna puso su biblioteca a disposición de investigadores peruanos y extranjeros. La lista de historiadores —consagrados y jóvenes— que accedieron a la biblioteca de Denegri Luna es abundante<sup>28</sup>. Esta generosidad ha sido ampliamente reconocida. Además, su biblioteca se convirtió en un espacio para animadas tertulias. César Gutiérrez Muñoz ha dejado este testimonio:

La biblioteca fue mucho más que una mera colección de publicaciones importantes y, en muchos casos, únicas. Se convirtió en una especie de ateneo, donde se conversaba acerca de diversos temas, en algunos casos con mucho énfasis, hasta con pasión. Allí, don Félix acogía, sobre todo los fines de semana,

<sup>27</sup> Véase, entre sus muchos trabajos dedicados al periodismo, Denegri Luna, 1964.

<sup>28</sup> Otra excepción parece haber sido Raúl Porras Barrenechea, quien abrió su biblioteca a investigadores, aunque todo indica que de manera muy selectiva. El arqueólogo Duccio Bonavia dejó este testimonio: «Desde ese año de 1957 hasta la muerte del maestro, estuve frecuentando su casa con regularidad aprovechando de esa inolvidable biblioteca, de esos libros en los que muchas veces las notas al margen de las páginas escritas con la letra menuda tan característica de Porras, eran más interesantes que el texto mismo» (Trillo, 2017, p. 213).

con rara y a veces incomprensible hospitalidad, a historiadores hechos y derechos y a jóvenes que aspiraban a serlo (Gutiérrez Muñoz, 2000, p. 66)<sup>29</sup>.

El mismo Denegri Luna inició las negociaciones con la Universidad Católica para transferir su biblioteca. Quería evitar tanto la dispersión como una posible salida al exterior. El contrato estipulaba, según información recogida de alguien que participó de las negociaciones, un pago mensual de por vida para Denegri Luna y su esposa, así como la cobertura de algunos gastos, incluyendo arreglos en la vivienda donde se alojaba la biblioteca. Luego de la muerte de Denegri Luna la biblioteca se trasladó al local del Instituto Riva-Agüero de la Universidad Católica, donde ocupa un espacio independiente. Su catálogo está incorporado al catálogo general de bibliotecas de esa casa de estudios, pero mantiene su integridad e independencia. Puede considerarse, sin exageración, la adquisición bibliográfica más importante de la historia reciente del Perú.

## LA BIBLIOTECA DEL NOBEL

Mario Vargas Llosa (n. 1936) es sin duda el escritor peruano más reconocido y uno de los intelectuales contemporáneos más influyentes en el mundo. Autor de alrededor de cuarenta libros entre novelas, obras de teatro y ensayos de crítica literaria, tuvo desde muy pequeño una relación muy cercana con los libros (Vargas Llosa, 2010) y, a lo largo de los años, con las bibliotecas públicas, en varias de las cuales —la Biblioteca Británica, la Biblioteca Pública de Nueva York o la Biblioteca Nacional de Madrid, por mencionar algunas— ha trabajado de manera sostenida en distintas ocasiones. Las bibliotecas, dice Vargas Llosa, le han deparado un «inmenso placer» en el transcurso de su vida (Esteban, 2014a, p. 17)<sup>30</sup>. Vargas Llosa ha formado una enorme biblioteca personal que ha sobrevivido algunas lamentables pérdidas (la biblioteca que dejó en casa de sus abuelos en Lima al partir a Europa en 1958 fue virtualmente destruida por la polilla y la humedad, como constató cuando abrió por primera vez esas cajas en 1974)<sup>31</sup>, numerosas mudanzas (ha vivido, desde 1956, en Lima, Madrid, París, Londres, Barcelona y, por temporadas breves, en

<sup>29</sup> Para una evocación de la biblioteca de Denegri Luna como lugar de tertulia, véase también Tord, 2000.

<sup>30</sup> Sobre la biblioteca británica diría: «aquí he sido inmensamente feliz, más que en ningún otro lugar del mundo» (Vargas Llosa, 2012, p. 1127).

<sup>31</sup> Según Vargas Llosa, se encontró con «un espectáculo pavoroso»: «Una verde capa de moho cubría los libros, a través de la cual se divisaban, como en una coladera, los agujeritos por donde las polillas habían entrado a hacer estragos. Muchas de esas cajas eran ya solo polvo, mistura y alimañas y debieron ir a la basura. Menos del tercio de mi biblioteca sobrevivió a la inclemencia iletrada de Lima» (Vargas Llosa, 1993, p. 469).

numerosas otras ciudades)<sup>32</sup> y fraccionamientos (sus libros estuvieron dispersos en residencias en Lima, Madrid, París y Nueva York). La colección de Lima, compuesta por unos 20 000 volúmenes, ha sido ya transferida en su totalidad a la biblioteca que lleva su nombre en Arequipa. Otros 15 000 llegarán en el futuro, provenientes de sus colecciones en Madrid y París<sup>33</sup>.

Vargas Llosa es un amante de los libros en la medida en que ellos le han enriquecido la vida y lo han convertido en lo que es. «Una biblioteca —declaró alguna vez— es algo más que una acumulación de libros [...] es un acto de amor que se va construyendo en el tiempo». Allí su dueño vuelca «sus afectos, sus experiencias» y establece con ella una relación «entrañable»<sup>34</sup>. Su biblioteca no es la de un coleccionista o bibliófilo compulsivo, como lo era, por ejemplo, Pablo Neruda<sup>35</sup>, pero sí valora enormemente ciertas ediciones o ejemplares raros, especialmente de sus autores más admirados. Entre las piezas más preciadas de la biblioteca de Vargas Llosa están primeras ediciones de *Madame Bovary* de Gustave Flaubert y *Los miserables* de Victor Hugo, dos de sus novelas y autores favoritos y a los que les ha dedicado sendos ensayos (Marchamalo, 2011, p. 148). También se sabe de su inclinación por coleccionar los tomos de la Biblioteca La Pléiade, de la editorial francesa Gallimard. Más allá de esto, la de Vargas Llosa es más la biblioteca de un trabajador intelectual que la de un coleccionista, aunque también es sabido que no se desprende de ningún libro por muy mediocre o irrelevante que le parezca. La mayoría de los libros están relacionados con su trabajo como novelista y crítico literario, así como con sus variados intereses intelectuales y políticos. De todas las bibliotecas de intelectuales peruanos que he glosado, la suya es probablemente la más diversa y global.

---

<sup>32</sup> Según Xavi Ayén, en 1974, antes de regresar al Perú, Vargas Llosa donó parte de su biblioteca a la Universidad Autónoma de Barcelona (Ayén, 2014, p. 493).

<sup>33</sup> Una descripción de la biblioteca que Vargas Llosa tenía en su domicilio en Barranco se puede leer en Vilela, 2011.

<sup>34</sup> <<https://www.youtube.com/watch?v=vAFJ6gfW0nw>>.

<sup>35</sup> «Me interné en la selva de las librerías, por los vericuetos suburbanos de las de segunda mano o por las naves catedralicias de las grandes librerías de Francia e Inglaterra. Las manos me salían polvorientas, pero de cuando en cuando obtuve algún tesoro, o por lo menos la alegría de presumirlo [...]. Mi biblioteca pasó a ser considerable. Los antiguos libros de poesía relampagueaban en ella y mi inclinación por la historia natural la llenó de grandiosos libros de botánica, iluminados a todo color, de pájaros, de insectos, de peces. Encontré por el mundo milagrosos libros de viaje, Quijotes increíbles, impresos por Ibarra; folios de Dante con la maravillosa tipografía bodoniana; hasta algún Moliere hecho en poquísimos ejemplares» (Neruda, 1974, pp. 376-377).



Figura 1. Una sección de la biblioteca de Mario Vargas Llosa en su domicilio en Barranco, setiembre 2012. Fotografía del autor.

En marzo de 2012, al cumplir los 76 años de edad, Vargas Llosa anunció que donaría su biblioteca completa a la Biblioteca Regional Mario Vargas Llosa de Arequipa, su ciudad natal, y con la que, declaró, ha tenido siempre «vínculo emocional muy estrecho, muy profundo»<sup>36</sup>. La relación —muy extendida en el tiempo— de la familia Llosa con la ciudad de Arequipa seguramente influyó en esa decisión, así como también la afición casi fetichista que Vargas Llosa tiene por las casas, bibliotecas y pertenencias de sus escritores favoritos, desde Flaubert hasta Faulkner: el escritor peruano seguramente aspira a que su biblioteca, y la casa-museo que también se ha levantado en Arequipa, se conviertan en lugares de peregrinaje

<sup>36</sup> <<https://www.youtube.com/watch?v=vAFJ6gfW0nw>>.

para sus lectores del futuro<sup>37</sup>. La decisión de Vargas Llosa revela también cómo, aun en tiempos de acelerada globalización, intelectuales como Vargas Llosa —por lo demás, tan hostil al nacionalismo y sus manifestaciones— necesitan un anclaje emocional, afectivo e incluso físico con su país y su lugar de nacimiento.

El traslado de libros se está haciendo por partes y se completará luego de la muerte del escritor. Un primer lote de 2714 volúmenes fue entregado en 2014 y en 2015, 2016 y 2017 se hicieron entregas parciales hasta totalizar, por ahora, unos 20 000 volúmenes entre libros y revistas<sup>38</sup>. Algunos materiales que ya se encuentran físicamente en Arequipa, sin embargo, permanecerán inaccesibles al público hasta después de la muerte del escritor (Larrea, 2014). Se trata de libros que contienen anotaciones y comentarios del propio Vargas Llosa y que el novelista prefiere mantener por ahora fuera del alcance de los lectores. Este es, precisamente, uno de los mayores atractivos de la biblioteca. Esos apuntes del novelista ayudarán a reconstruir su desarrollo intelectual y permitirán descubrir afinidades, fobias, obsesiones y cambios en su modo de pensar. Sin duda la biblioteca de Vargas Llosa potenciará la oferta bibliográfica y cultural de Arequipa y servirá sobre todo a quienes se interesen por la literatura en general y la obra del propio Vargas Llosa en particular.

## LOS LIBROS TAMBIÉN SE HACEN HUMO

El último caso que voy a resumir es quizás el menos típico. Julio Ramón Ribeyro (1929-1994) fue un escritor de la llamada Generación del 50, que escribió cuentos, novelas, obras de teatro, ensayos de crítica literaria y varios tipos de escritura breve y personal, desde diarios hasta lo que él llamó «prosas apátridas», especie de viñetas que servían para reflexionar sobre distintos aspectos de la vida cotidiana, el trabajo intelectual, la amistad, la familia y otros temas (Ribeyro, 1975). Ribeyro fue también un hombre discreto, tímido, bohemio, con una cierta tendencia a la despreocupación por las cosas materiales, el dinero y los aspectos más mundanos de la vida. Su libro *La tentación del fracaso* es, desde el título, un claro retrato de su personalidad (Ribeyro, 2003).

---

<sup>37</sup> En abril de 1986, por ejemplo, Vargas Llosa visitó la casa de William Faulkner, uno de sus escritores favoritos. En una entrevista con Raymond Williams luego de esa visita, admitió que es «muy fetichista con los escritores: me conmueve mucho ver sus libros, sus manuscritos, los otros objetos» (Williams, s.f.). En el libro *Mario Vargas Llosa. La libertad y la vida* (Lima: Planeta, 2008) se reproducen fotografías del escritor en las casas de autores como Ernest Hemingway, Marcelino Menéndez y Pelayo, Gregorio Marañón, Samuel Johnson, Mark Twain y Benito Pérez Galdós.

<sup>38</sup> «Una visita a la sorprendente biblioteca de Mario Vargas Llosa», BBC, 26 de enero de 2017 (<http://www.bbc.com/mundo/noticias-38362244>).

Ribeyro tuvo una relación muy ambigua y cambiante con los libros. En varios escritos y entrevistas dejó en claro su amor por ellos: «Yo sostengo que el libro es un objeto al que hay que poseer. Tiene que haber una relación vital, amorosa con él. Por eso, yo también los subrayo, los araño, les hago notas marginales. Uno tiene que vivir con sus libros, irse a la cama con ellos, dejarlos marcados» (Coaguila, 2009, p. 135)<sup>39</sup>. En una carta de 1965 a su hermano Juan Antonio le pide que le envíe algunos de sus libros a París: «Estoy pensando seriamente pedirte que me envíes mis libros; no todos en verdad, pero aquellos que pueden serme útiles aquí [...]. Tener mis libros lejos es como no haberlos leído, pues cada vez que necesito verificar una cita o recordar un pasaje no me queda otra cosa que lamentarme de esta separación» (Ribeyro, 1998, p. 126). Los apreciaba como fuentes de conocimiento o de placer, pero no tenía —al menos, no de forma consistente— el afán coleccionista o de preservación que otros intelectuales como Sánchez o Vargas Llosa han tenido. Además, enfrentó periodos de estrechez económica, sobre todo en la década de 1950, pero también, intermitentemente, en años posteriores, lo cual lo obligó a deshacerse de algunos de sus libros, algo que consideraba «un crimen imperdonable, una forma de suicidio espiritual». Su amor por los libros es innegable —«Mis libros son mi pan, mi sombra, mi memoria, todo esto y aún más»—, por lo que deshacerse de ellos implicaba, en ocasiones, un verdadero drama personal: «Siento un dolor desgarrador y estoy a punto de echarme a llorar. ¡Cuántas veces me he privado de una comida por comprar un libro!» (Ribeyro, 2003, pp. 119, 121). En una entrada en su diario se lee: «*Le Grand Meaulnes* de Alain Fournier, *Dominique* de Fromentin y el *Benjamin Constant* de Du Bos, se convirtieron en un vaso de leche y un paquete de cigarrillos Gauloises» (p. 125). En su libro *Sólo para fumadores*, Ribeyro cuenta que cada vez que se quedaba sin dinero para comprar cigarrillos sacrificaba libros de su biblioteca. En algún momento se quedó con apenas unos doscientos libros, «pero eran los que más quería, aquellos que arrastraba durante años por países, trenes y pensiones y que habían sobrevivido a todos los avatares de mi vida vagabunda» (Ribeyro, 2009, p. 20). Esos libros contenían, de alguna manera, «las huellas de mi aprendizaje literario y, en cierta forma, de mi itinerario espiritual» (p. 21). Poco a poco fue vendiendo libros de Valery, Balzac, Chejov, Flaubert; incluso vendió al peso ejemplares de alguno de los primeros libros que publicó. Sus libros, dice con fino humor, se hicieron, literalmente, humo.

Un cuento autobiográfico suyo, «El polvo del saber», nos permite apreciar la atracción que los libros y bibliotecas ejercieron sobre Ribeyro desde que era niño, pero también los riesgos derivados de considerarlos como objetos casi sagrados. El cuento narra cómo, cuando era niño, le tenían prohibida la entrada a la casa

---

<sup>39</sup> Véase también Ribeyro, 1976.

donde se guardaba la biblioteca de su bisabuelo, quien había atesorado unos 10 000 volúmenes. Varias situaciones familiares se confabularon para que, conforme pasaban los años, su ingreso a ese lugar prohibido, que se había convertido en una obsesión, se viera truncado. Fueron muriendo los parientes y la casa se convirtió, tiempo después, en una pensión para estudiantes a la que Ribeyro logró ingresar gracias a un amigo suyo que estaba hospedado allí. Al preguntar por la biblioteca, se le informó que los libros habían sido trasladados a los cuartos de la «servidumbre», pues eran «unas vejeces» inservibles. Cuando finalmente logró ver los libros solo pudo comprobar que se habían convertido en «una materia porosa y polvorienta, que se deshacía apenas trataba de aferrarla». «La codiciada biblioteca no era más que un montón de basura» (Ribeyro, 2010)<sup>40</sup>.

En ocasiones, Ribeyro consideraba las bibliotecas más un estorbo que una bendición, pese a que siempre compraba libros y los valoraba, como vimos anteriormente, como verdaderos tesoros. La primera de sus *Prosas apátridas* se refiere precisamente a los libros y las bibliotecas: «¡Cuántos libros, Dios mío, y qué poco tiempo y a veces qué pocas ganas de leerlos! Mi propia biblioteca donde antes cada libro que ingresaba era previamente leído y digerido, se va plagando de libros parásitos» (1975, p. 29). En otro texto, aunque no se refería explícitamente a los libros, el autor dejó por escrito lo que sentía frente a la acumulación de objetos materiales: «Entro a la cocina y veo a mi mujer sumergida bajo centenares de platos, tazas, fuentes, ollas, copas, cubiertos, coladores, espumaderas, aparatos eléctricos, tratando de limpiarlos y ponerlos en orden. Y me digo que no hay nada peor que caer bajo la dominación de los objetos. La única manera de evitarlo es poseyendo lo menos posible. Toda adquisición es una responsabilidad y por ello una servidumbre» (Ribeyro, 1992, p. 86).

No eran tanto los libros los que le generaban resistencia, sino su abundancia, su acumulación, el hecho de que no pudiera leerlos todos y los problemas que conllevaba mantener, y a veces trasladar, una biblioteca. De hecho, en algún momento Ribeyro escribió que «la biblioteca personal es un anacronismo», pues «responde a circunstancias de tiempos idos, en los que por estar aislado del mundo era necesario tener el mundo a la mano» (1992, p. 128). A los que aspiran a tener grandes bibliotecas los llama «locos» y se refiere a ellos como personas para quienes «el libro es una garantía de inmortalidad y formar una biblioteca es como edificar un panteón en el cual le(s) gustaría tener reservado su nicho» (pp. 128-129).

---

<sup>40</sup> Ribeyro (2003, p. 423) admitió que se trata de un relato autobiográfico. Esto fue confirmado por su hermana Mercedes: «La biblioteca famosa de “El polvo del saber” es real, la tuvo el tío Ramón Ribeyro, en la casa de la Av. Alfonso Ugarte» (Esteban, 2014b, p. 290).



Figura 2. Julio Ramón Ribeyro en Lima, en 1959. Fotografía de Baldomero Pestana.  
Cortesía de los herederos de Baldomero Pestana.

Pese a todo, había logrado reunir, hacia 1977, una biblioteca de 2000 volúmenes (Ribeyro, 2003, p. 569)<sup>41</sup>. Según Alfredo Bryce Echenique, «en la biblioteca de Julio hay ediciones preciosas. Es una biblioteca hermosa de mirar y de leer» (Coaguila, 2009, p. 135). Ribeyro tenía aproximadamente 4000 libros al momento de su muerte (Sánchez Hernani, 2010). Una pequeña parte de ellos habían sido llevados a Lima por el escritor cuando se mudó a la capital peruana en 1990. Según Ángel Esteban, en su departamento de Barranco solo había «una cantidad exigua de ejemplares, muchos de ellos colocados allí por sus familiares después de su muerte» (Esteban, 2014b, p. 119). El resto se quedó en París y todavía están bajo el cuidado

---

<sup>41</sup> Esos libros eran, junto con un escritorio, una máquina de escribir y algunos enseres domésticos, lo único que, según Ribeyro, podría dejar de herencia a su esposa e hijo si muriera en ese momento.

de Alida Cordero, su viuda, aunque un número pequeño está en el departamento de su hijo<sup>42</sup>. A diferencia de varios de los intelectuales que hemos estudiado en este trabajo, Ribeyro está lejos de calzar con la imagen del coleccionista apegado a sus libros, acumulando miles de ellos y resistiéndose a desprenderse de sus tesoros. Su relación con los libros refleja las vicisitudes de un escritor que vivió una larga etapa en condiciones precarias, pero también su poco apego por las cosas materiales y su actitud a veces displicente respecto a la preservación de su biblioteca.

## CONCLUSIONES

La acumulación bibliográfica en el Perú del siglo XX transcurrió por derroteros bastante azarosos. La principal biblioteca del país, la BNP, padeció de serias deficiencias casi sin interrupciones y fue afectada por tragedias atroces —como el saqueo durante la guerra con Chile, el incendio en mayo de 1943 y el robo sistemático de libros y documentos— que han afectado enormemente la investigación y el acceso al conocimiento a través de los libros. El resto de bibliotecas públicas apenas podía satisfacer la demanda de materiales escolares y de divulgación. Las bibliotecas universitarias dignas de ese nombre, reducidas prácticamente a dos —las de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y la Pontificia Universidad Católica del Perú—, han cumplido, con altibajos, sus funciones básicas. En este contexto, los intelectuales peruanos, sobre todo aquellos afincados en Lima, por exigencias de su trabajo, por una pasión coleccionista o por ambas razones, formaron vastas colecciones de libros que, en algunos casos, se convirtieron en repositorios tan o más ricos, en algunos aspectos, que la propia BNP. En general, formaron bibliotecas de trabajo más que colecciones ornamentales para presumir de tesoros bibliográficos<sup>43</sup>.

Con muy pocas excepciones, estas bibliotecas han sido colecciones privadas, es decir, para uso casi exclusivo de sus propietarios. Si bien es cierto existen las ocasionales préstamos a amigos, colegas o estudiantes, la biblioteca personal era tanto una colección de libros como un espacio físico donde el propietario leía, pensaba y escribía en privado y al que muy pocos podían acceder. El caso de Félix Denegri Luna es una excepción: puso su notable biblioteca al servicio de los investigadores que necesitaban acceder a esos valiosos y con frecuencia únicos materiales. Esta socialización de las colecciones librescas es una rareza entre los coleccionistas privados, por lo menos hasta que ocurre lo inevitable, es decir, su muerte.

<sup>42</sup> Información proporcionada por Paul Baudry.

<sup>43</sup> Una de las mayores bibliotecas privadas de las que tengo noticia, la del historiador británico Lord Acton —estimada en 70.000 volúmenes— fue definida como un «instrumento de trabajo» que tenía poco que ver con «el gusto y la bibliofilia» (Pearson, 2006, p. 181).

De las veintisiete bibliotecas reseñadas en este estudio, cuatro, las de Ciro Alegría, César Pacheco Vélez, Juan Günther y Alberto Flores Galindo, fueron vendidas al menudeo, total o parcialmente. ¿Es esto necesariamente malo o lamentable? Desde cierto punto de vista sí, pues limita el acercamiento a la obra y la formación intelectual de sus propietarios y, en el caso de la de Günther, hará más difícil en el futuro el estudio de la historia de la ciudad de Lima. Pero, por otro lado, la venta de esas bibliotecas ha permitido que miles de libros vuelvan a circular y encuentren nuevos hogares y lectores. Como dijo hace unos años el escritor español Javier Marías, «Cuando la persona muere, la biblioteca empieza a tener poco sentido [...] quizás lo más sensato es que los libros vuelvan a circular, vuelvan al mercado [...] al fin y al cabo todos hemos hecho nuestras bibliotecas, todos las hemos construido en gran medida gracias a las bibliotecas dispersas de otra gente» (Marías, 2013)<sup>44</sup>.

Otras, como las de Julio Ramón Ribeyro, Luis Jaime Cisneros y (parcialmente) Emilio Adolfo Westphalen, permanecen en posesión de sus familias. La gran mayoría, sin embargo, veintiuno en total, han sido depositadas, íntegras o en parte, por venta o por donación, en universidades, institutos y bibliotecas, y trece de ellas se han mantenido virtualmente íntegras. Las instituciones más beneficiadas con las donaciones o transferencias de fondos bibliográficos han sido la BNP (Porras, Arguedas y Macera) y la Universidad Católica y su Instituto Riva Agüero (Riva Agüero, Lohmann Villena y Denegri Luna). Lo que esto significa es que si bien la formación y el uso de las bibliotecas personales estuvieron marcados por el carácter privado que le imprimieron sus propietarios, luego de su muerte se ha producido una socialización de sus acervos bibliográficos. Las colecciones bibliográficas privadas, de hecho, han cumplido, como en otros países, un rol central en el reforzamiento de bibliotecas especializadas y públicas: estas serían mucho más pobres de no haber heredado los acervos de intelectuales y bibliófilos.

Varios factores entran en juego para explicar esta tradición: un deseo de retribuir a la comunidad de la que formaron parte, sea la comunidad nacional o, más restringidamente, la comunidad académica; un anhelo, justificado en la mayoría de los casos, de perpetuar sus nombres y legados intelectuales al asociárseles con colecciones e instituciones duraderas; un interés por definir o reforzar áreas de investigación afines a sus intereses gracias a la puesta en servicio de bibliotecas personales altamente especializadas; y un criterio pragmático nacido de la necesidad de encontrar un nuevo hogar para esos libros y, en ciertos casos, la posibilidad de recibir una compensación económica.

---

<sup>44</sup> «Conrad y los soldados de plomo», entrevista con Jesús Marchamalo, 7 de marzo de 2013, <<https://www.youtube.com/watch?v=u57TC8xcDoI>>.

De ellas, como vimos, tres fueron vendidas a instituciones extranjeras, y dos de ellas (Sánchez y Westphalen) parcialmente. El hecho de que la inmensa mayoría de las bibliotecas sobre las cuales tengo información haya permanecido en el Perú, sin embargo, no ha sido el resultado de una política de protección del patrimonio cultural sino de la conjunción de factores que ya hemos mencionado anteriormente. La discusión sobre cuál debería ser la función del Estado en la gestión de las bibliotecas personales no ha logrado generar interés y mucho menos consenso, y resulta difícil pensar que algún día se logre articular una política coherente y aplicable. La vaguedad de la ley de patrimonio cultural deja abierta la posibilidad de varios tipos de soluciones. El caso de la biblioteca de Franklin Pease<sup>45</sup> y de otras cuya situación está siendo reevaluadas, como la de Luis E. Valcárcel, representan ejemplos de las dificultades para gestionar, desde el Estado, el capital bibliográfico nacional. ¿Está obligado el Estado, a través de la BNP, a preservar las colecciones bibliográficas de sus intelectuales? ¿Cuáles serían los criterios que deberían guiar las decisiones sobre qué bibliotecas aceptar y cuáles rechazar? ¿Qué se gana con hacerlo y qué se pierde si no se hace? Estas son preguntas que, por ahora, no tienen respuestas claras y consensuales. La legislación peruana de defensa del patrimonio cultural no dice nada concreto sobre esto, más allá de establecer, en una ley de 2004, que entre «los bienes integrantes del Patrimonio Cultural de la Nación» se encuentran «los manuscritos raros [sic], incunables, libros, documentos, fotos, negativos, daguerrotipos y publicaciones antiguas de interés especial por su valor histórico, artístico, científico, o literario». Al mismo tiempo, considera que es deber de las instituciones respectivas, incluyendo la BNP, encargarse de «la identificación, inventario, inscripción, registro, investigación, protección, conservación, difusión y promoción de los bienes integrantes del Patrimonio Cultural de la Nación de su competencia». La ley no establece, y no podría hacerlo, que la BNP está obligada a recibir y poner en servicio bibliotecas consideradas parte del «patrimonio cultural». Más allá de lo que diga la ley, finalmente, es un hecho que la BNP no tiene recursos ni espacio para acoger demasiadas bibliotecas privadas, y es imposible adoptar una normativa que calce con todos los posibles casos que se puedan presentar, por lo que se ve obligada a tratar de resolver cada caso de manera particular.

En suma, sea íntegras o fragmentadas, vendidas o donadas, en instituciones peruanas o extranjeras, estas bibliotecas privadas continúan prestando un enorme

---

<sup>45</sup> Es imposible resumir adecuadamente el bastante polémico caso de la biblioteca de Franklin Pease, que fue objeto de un intenso intercambio entre su viuda, Mariana Mould, y el exdirector de la BNP, Ramón Mujica Pinilla. Véase, entre otros documentos, Mould de Pease, 2001, y Mujica Pinilla, 2013. Hasta donde alcanza mi conocimiento, unos 8000 volúmenes se hallan depositados en la BNP y están al servicio de los lectores; otra cantidad, ascendente a unos 7000 volúmenes, está en manos de la familia del historiador. Véase Hernández Astete, 1999.

servicio a la comunidad de investigadores y lectores y, en ese sentido, representan un aporte sustantivo de los intelectuales al patrimonio cultural del país —algo que no siempre la ciudadanía, el Estado y sus instituciones reconocen y aprecian.

## APÉNDICE. INTELLECTUALES PERUANOS INCLUIDOS EN ESTE ESTUDIO

Nombre	Principal actividad	Tamaño estimado de la colección	Destino de la biblioteca
Ciro Alegría (1909-1967)	Escritor	Desconocido	Una parte se quedó con sus hijos; otra se vendió; y otra, pequeña, se donó a la BNP
José María Arguedas (1911-1969)	Escritor	Desconocido	Una parte se donó a la BNP; otra quedó en manos de Celia Bustamante, su primera esposa
Jorge Basadre (1903-1980)	Historiador	5900	Vendida al Gobierno Regional de Tacna; no está en servicio
Pedro Benvenuto Murrieta (1913-1978)	Historiador	4500	Donada a la Universidad del Pacífico y preservada como biblioteca independiente
Luis Jaime Cisneros (1921-2011)	Crítico literario	Desconocido	En manos de la familia
Antonio Cornejo Polar (1936-1997)	Crítico literario	10 000	Depositada en el Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar
José Antonio del Busto (1932-2006)	Historiador	4337	Donada a la Universidad de Piura
Félix Denegri Luna (1919-1998)	Abogado e historiador	50 000	Vendida a la Universidad Católica y depositada en el Instituto Riva-Agüero
Carlos Iván Degregori (1945-2011)	Antropólogo	1187	Donada al Instituto de Estudios Peruanos
Ella Dunbar Temple (1918-1998)	Historiadora	15 000	Donada a la Fundación Biblioteca Museo Temple Radicati (Universidad de San Marcos)
José Durand Flórez (1925-1990)	Crítico literario	3000	Vendida a la Universidad de Notre Dame (USA)
Alberto Flores Galindo (1949-1990)	Historiador	Desconocido	Una pequeña parte fue obsequiada a amigos y colaboradores; otra fue vendida en el mercado de libros viejos; y otra está en manos de su familia

Juan Günther (1927-2012)	Arquitecto	Desconocido	Vendida a través de libreros de viejo
Guillermo Lohmann Villena (1915-2005)	Historiador	4000	Donada al Instituto Riva-Agüero
Pablo Macera (1928-)	Historiador	35 000	Donada a la BNP
José Carlos Mariátegui (1894-1930)	Ideólogo	1000	Vendida en parte a la Universidad de San Marcos; una pequeña parte está bajo custodia de la Casa Museo Mariátegui
Estuardo Núñez (1908-2013)	Crítico literario	5300	Donada al Instituto Riva-Agüero
César Pacheco Vélez (1929-1989)	Historiador	10 000	Vendida por la familia en el mercado de libros viejos
Franklin Pease (1939-1999)	Historiador	15 000	Una parte está en la BNP y otra parte en manos de la familia
Raúl Porras Barrenechea (1897-1960)	Historiador	20 000	Donada a la BNP; se mantiene como colección independiente
Julio Ramón Ribeyro (1929-1994)	Escritor	5000	En posesión de su viuda, en París; una pequeña parte en su vivienda en Barranco, Lima
José de la Riva-Agüero (1885-1944)	Historiador	12 000	Donada al Instituto Riva-Agüero
María Rostworowski (1915-2016)	Historiadora	2298	Donada al Instituto de Estudios Peruanos
Luis Alberto Sánchez (1900-1994)	Crítico literario	20 000	Vendida en parte a Penn State University; otra parte en manos de antiguos colaboradores; y una pequeña parte donada a la BNP
Luis E. Valcárcel (1891-1987)	Historiador	8000	Donada, en su mayor parte, al Museo de la Nación; actualmente no está en servicio. Cantidades variables fueron donadas a la BNP, a la Facultad de Letras de San Marcos, al Museo de Arte de Lima y al Centro de Estudios Histórico-Militares
Mario Vargas Llosa (1936-)	Escritor	35 000	Donada a la ciudad de Arequipa; en proceso gradual de transferencia
Emilio Adolfo Westphalen (1911-2001)	Poeta	1500	Alrededor de doscientos libros fueron vendidos al Centro Getty en Los Ángeles; el resto está en manos de sus hijas

**BIBLIOGRAFÍA**

- Aguirre, Carlos (2016). Una tragedia cultural: el incendio de la Biblioteca Nacional de 1943. *Revista de la Biblioteca Nacional* [Montevideo], 11-12, 107-139.
- Aguirre, Carlos (2017). «Vamos a quitarle el frac al libro, vamos a ponerlo en mangas de camisa»: el proyecto editorial «Populibros peruanos» (1963-1965). *Políticas de la memoria*, 17, 204-222.
- Ayén, Xavi (2014). *Aquellos años del boom*. Barcelona: RBA.
- Bonnet, Jacques (2010). *Bibliotecas llenas de fantasmas*. Barcelona: Anagrama.
- Burga, Manuel (comp.) (2010). *Alberto Flores Galindo: Cartas de Francia, 1973-1974*. Lima: Asamblea Nacional de Rectores.
- Cajas Rojas, Antonio Ismael (2008). «Historia de la Biblioteca Central de la Universidad de San Marcos: 1923 a 1966». Tesis de Magíster en Historia. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Cisneros Hamann, Luis Jaime (2016). Cinco años sin Luis Jaime Cisneros: Un homenaje íntimo de su hijo. *Sophimantía*, 30 de enero. <https://www.sophimania.pe/sociedad-y-cultura/filosofia-y-humanidades/cinco-anos-sin-luis-jaime-cisneros-un-homenaje-intimo-de-su-hijo/>
- Coaguila, Jorge (ed.) (2009). *Las respuestas del mudo* (segunda edición). Iquitos: Tierra Nueva.
- De la Puente, José (2011). Instituto Riva-Agüero: 64 años (1947-2011). *Jurídica. Suplemento de análisis legal de El Peruano*, 7(356), 2-7.
- Denegri Luna, Félix (1964). Apuntes para una bibliografía de periódicos cuzqueños (1822-1837). *Revista Histórica*, 26, 1-55.
- Esteban, Ángel (2014a). *El escritor en su paraíso*. Cáceres: Periférica.
- Esteban, Ángel (2014b). *El flaco Julio y el escribidor. Julio Ramón Ribeyro y Mario Vargas Llosa cara a cara*. Sevilla: Renacimiento.
- Flores Galindo, Alberto (1994). La agonía de Mariátegui. En *Obras Completas*, tomo II. Lima: SUR.
- Franco, Jean (2003). *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la guerra fría*. Barcelona: Debate.
- Gonzales, María Isabel (2011). El fiel amante de una ciudad. *Revista Domingo de La República*, 17 de julio.
- Guevara, Luis & y Adrián Gechelín (2001). *Historia de la gráfica en el Perú*. Lima: Kartel.

- Gutiérrez Muñoz, César (2000). Cuatro verdades. En Francesca Denegri y otros, *Homenaje a Félix Denegri Luna* (pp. 62-69). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Hampe, Teodoro (1997). José Durand, bibliófilo. (Su colección de libros y papeles y la Universidad de Notre Dame). *Revista de Indias*, LVII(210), 541-562.
- Hernández Astete, Francisco (1999). Del Tawantinsuyo a la Historia del Perú: Una aproximación a la historia y la vida de Franklin Pease G.Y. *Histórica*, XXIII(2), 221-243.
- Larrea, Enrique (2014). El misterio de los libros prohibidos. *La Mula*, 13 de julio. <https://redaccion.lamura.pe/2014/07/13/el-tesoro-prohibido/enriquelarrea/>
- Marchamalo, Jesús (2011). *Donde se guardan los libros. Bibliotecas de escritores*. Madrid: Siruela.
- Marías, Javier (2013). Conrad y los soldados de plomo. Entrevista con Jesús Marchamalo, 7 de marzo. <https://www.youtube.com/watch?v=u57TC8xcDoI>
- Meneses Tello, Felipe (1993). La problemática de las bibliotecas personales de insignes estudiosos mexicanos. *Omnia*, 9(27), 83-95.
- Mindlin, José (2001). *Uma vida entre livros. Reencontros com o tempo*. São Paulo: EDUSP y Companhia das Letras.
- Miró, César (1994). *Testimonio y recaudo de José Carlos Mariátegui. Asalto a Washington izquierda*. Lima: Minerva.
- Mould de Pease, Mariana (2001). La Biblioteca Nacional del Perú y un testimonio personal para su recuperación institucional y restitución documental. *Consensus*, 16(1), 267-276.
- Mujica Pinilla, Ramón (2013). Mariana Mould de Pease: historia de una farsa. *En honor a la verdad*, 15 de noviembre. <https://honoraverdad.wordpress.com/2013/11/15/mariana-mould-de-pease-historia-de-una-farsa/>
- Neruda, Pablo (1974). *Confieso que he vivido. Memorias*. Barcelona: Seix Barral.
- Pearson, David (2006). *Private Libraries and the Collecting Instinct*. En Alistair Black & Peter Hoare (eds.), *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland, vol. 3: 1850-2000* (pp. 180-202). Cambridge: Cambridge University Press.
- Pinilla, Carmen María (2005). *Correspondencia entre José María Arguedas y Juan Mejía Baca en la Biblioteca Nacional*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.
- Plummer, John (ed.) (1993). *In August Company: The Collections of the Pierpont Morgan Library*. Nueva York: Morgan Library.
- Portocarrero Grados, Ricardo (2013). Las cartas de Italia de José Carlos Mariátegui: fuentes y problemas. *Nueva Corónica*, 2, 71-80.

- Ribeyro, Julio Ramón (1975). *Prosas apátridas*. Barcelona: Tusquets.
- Ribeyro, Julio Ramón (1976 [1957]). El amor a los libros. En *La caza sutil* (pp. 45-47). Lima: Milla Batres.
- Ribeyro, Julio Ramón (1992). *Prosas apátridas* (quinta edición). Lima: Milla Batres y Cofide.
- Ribeyro, Julio Ramón (1998). *Cartas a Juan Antonio. Tomo II, 1958-1970*. Lima: Jaime Campodónico.
- Ribeyro, Julio Ramón (2003). *La tentación del fracaso*. Barcelona: Seix Barral.
- Ribeyro, Julio Ramón (2009). *Sólo para fumadores*. Palencia: Menoscuarto.
- Ribeyro, Julio Ramón (2010). El polvo del saber. En *La palabra del mudo* (pp. 559-564). Barcelona: Seix Barral.
- Salazar Bondy, Sebastián (1958). La lectura, la vida y la muerte. *La Prensa*, 29 de mayo, p. 12.
- Sánchez, Luis Alberto (1987). *Testimonio personal. Memorias de un peruano del siglo XX. Tomo 5: El descanso del guerrero, 1967-1976*. Lima: Mosca Azul.
- Sánchez, Luis Alberto (1988). *Examen de conciencia*. Lima: Mosca Azul.
- Sánchez Hernani, Enrique (2010). El nombre del padre. *Suplemento Dominical de El Comercio*, 26 de setiembre.
- Sanz, Luis Santiago (2000). Evocación de Don Félix Denegri Luna. En Francesca Denegri y otros, *Homenaje a Félix Denegri Luna* (pp. 80-83). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Tarcus, Horacio (2005). ¿El drenaje patrimonial como destino? Bibliotecas, hemerotecas y archivos argentinos, un caso de subdesarrollo cultural. *La Biblioteca* [Buenos Aires], 22-29.
- Thissen, Servais (2017). *Mariátegui: biografía ilustrada*. Lima: Horizonte.
- Tord, Luis Enrique (2000). La biblioteca de las tertulias. En Francesca Denegri y otros, *Homenaje a Félix Denegri Luna* (pp. 86-90). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Trillo, Gerardo (2017). Raúl Porras Barrenechea: Bibliófilo. *Fénix*, 46, 203-224.
- Valcárcel, Luis E. (1981). *Memorias*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Vanden, Harry E. (1975). *Mariátegui. Influencias en su formación ideológica*. Lima: Amauta.
- Vargas Llosa, Mario (1993). *El pez en el agua*. Barcelona: Seix Barral.
- Vargas Llosa, Mario (2010). *Elogio de la lectura y de la ficción. Discurso ante la Academia Sueca*. Madrid: Alfaguara.

- Vargas Llosa, Mario (2012 [1997]). Epitafio para una biblioteca. En *Piedra de toque II, 1984-1999* (pp. 1126-1130). Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Varona, Dora (2008). *Ciro Alegría y su sombra*. Lima: Planeta.
- Vilela, Sergio (2011). La biblioteca del nobel. *La Tercera*, 29 de mayo. [www.latercera.com/noticia/portada/2011/05/653-368841-9-la-biblioteca-del-nobel.shtml](http://www.latercera.com/noticia/portada/2011/05/653-368841-9-la-biblioteca-del-nobel.shtml)
- Williams, Raymond (s.f.). «Mario Vargas Llosa Interviewed on the Mississippi: Pilgrimage to Oxford». <http://www.faculty.ucr.edu/~williarl/interview/Llosa.htm>
- Yrivarren, Ingrid (2015). *Paraísos del saber*. Lima: Telefónica del Perú.